

# Juana: un libro, una fecha, una historia

*Jorge Arbeleche*

## I. Un nombre, una figura, un mito

Al menos en el ámbito nacional —constrañido y afectuoso a la vez— el nombre de Juana de Ibarbourou es reconocido unánimemente por todos y cada uno de los uruguayos, desde el ámbito académico puro hasta el territorio más emblemático y popular como puede serlo el carnavalero. A la vez, no hay figura tan conocida y desconocida como ella, al mismo tiempo que criticada, denostada u ominosamente negada, —o peor— omitida como si no hubiese existido. Pocos de sus lectores saben, y cuando lo hacen, se sorprenden al enterarse de que algunos de sus poemas han sido musicalizados tanto por murgas nacionales como por compositores extranjeros, tal es el caso de Ernesto Lecuona, el músico cubano. A la vez, sus versos se vieron festejados por el talento musical de célebres compositores e intérpretes nacionales como Vera Sienra, Amalia de la Vega, Alfredo Zitarrosa, Daniel Viglietti o Ethel Afamado en el ámbito nacional, y por Isabel Parra en el ámbito hispanoamericano.

El sello de lo popular se ha identificado con Juana a través de su propia personalidad y anécdotas, transmitidas por ella o por otras personas. Tuve el inesperado privilegio de ser el mensajero entre dos ídolos nacionales. Una vez, Zitarrosa, a quien conocía desde hacía poco tiempo, me pidió que le llevara a Juana un disco de vinilo donde musicalizó magistralmente el poema «La cuna», que apareció en la segunda edición de *Las lenguas de diamante*, con la siguiente dedicatoria: «A nuestra Juana de América», enfatizando el adjetivo *nuestra* para no abjurar de la posesión nativa de la poeta, pero a la vez, con reconocimiento a la distinción continental, que no fue otorgada por ninguna resolución oficial o gubernamental, sino que esa denominación tuvo su fuente en los entonces jóvenes de una generación de poetas posteriores cronológicamente, pero que en Juana reconocían una figura representativa que la albergaba y se proyectaba sobre el futuro. Tan es así, que esa denominación se fue propagando de país en país no solo en Iberoamérica, sino también

en España. Casi todos los niños de varias generaciones, ya fuera en la madre patria como en América, leyeron en sus textos escolares, poemas pertenecientes a estos libros que hoy celebramos.

Muchos escritores que la negaron sin fundamento crítico válido, participaron de la llamada generación del 45, crítica o de los alacranes. Por ejemplo, en cuanto historia se refiere a esos entonces jóvenes, a veces iconoclastas, y otras, sencillamente, escritores en ciernes que luchaban por ubicarse y encontrar un lugar en el no desolado panorama literario nacional, donde aún brillaban talentos como los de Emilio Oribe, Sabat Ercasty, Zavala Muniz, entre otros nombres ilustres. Se comprende y justifica la actitud parricida de los jóvenes frente a los adultos. Por eso, es de rigor nombrar a quienes fueron respetuosos y considerados con Juana, aun cuando sus estéticas y gustos difieran en importantes proporciones. Entre ellos, vale la pena mencionar a Mario Benedetti, Nancy Bacelo, Ángel Rama, Ida Vitale, autora de un trabajo encomiable titulado «Vida y obra de Juana de Ibarbourou» preparado para la *Historia de la literatura uruguaya*, editado por el Centro Editorial de América Latina. En el extremo opuesto figura Idea Vilariño, quien le dice por carta a Rodríguez Monegal que se disponía a comentar en la revista *Número* el último libro de Juana, editado y publicado en Buenos Aires por Losada. Allí dice que iba a procurar hacerlo liberada de prejuicios y actitudes negativas. Se trataba de *Perdida*, que hoy es considerado en forma unánime como uno de los mejores de toda la obra ibarbouréana. Se trata de una postura muy negativa de Idea como crítica, labor que ella desempeñó con parecido brillo al de su poesía, pero que aquí manifestó su lado más ingrato y oscuro.

Esto ocurría en la década del cincuenta. Dos décadas después, en 1971, cuando Jorge Ruffinelli le hace a Juana una entrevista para *Marcha* y le inquiere acerca de las poetas mujeres que la continuaron, ella nombra en primer término a Idea y sus *Poemas de amor*, los que califica de «divinos». Entre otras actitudes negativas de esta generación hacia Juana, es interesante recordar que en las publicaciones en las que nombran la estadía de Juan Ramón Jiménez en Montevideo, en todas hacen referencia a la visita que el español hiciera a la casa de José Pedro Díaz y Amanda Berenguer, pero ninguna menciona la que el poeta español, junto a su esposa Zenobia Camprubí, efectuara a Juana en su casa de la avenida 8 de Octubre, durante la cual le hiciera un singular obsequio que rezaba así: «Para

Juana, un libro, un espejo y un beso» . Confieso con orgullo y emoción que ese espejo reposa en mi biblioteca, desde que la destinataria me lo regalara, ya sin la luna original, allá por los años finales de la década del setenta, de las propias manos de una mujer, ya muy anciana y envuelta en un círculo perverso de violencia psicológica, cuyos lúgubres hilos manejaba su hijo desde la perversión de su enfermedad, que tanto sufrimiento ocasionara a su madre. Este hombre, que fue cantado con júbilo por su joven madre, resultó un enfermo psiquiátrico que terminó su desdichada vida, con una autoeliminación cruel, al ahorcarse en una mísera pensión.

Me importa subrayar un cambio de rumbo destacado en la actitud de Idea porque si fue mezquina y prejuiciada respecto a *Perdida* en 1950, años después en la década del setenta y ochenta, Vilariño elaborara una importante antología de poetas mujeres en Hispanoamérica, donde le dedica a Juana abundante espacio seleccionando varios poemas de su última época, con lo que revela que antes no la había leído con la atención necesaria y requerida.

No tengo recriminaciones que hacerle a esta generación que aportó tantas cosas buenas a nuestra literatura, dio eminentes poetas, narradores y, especialmente, críticos, salvo el ominoso silencio que edificaron alrededor de Juana, dejándola sola, encerrada tras los muros de una soledad e incomunicación superlativas, sin otro motivo ni culpa que ser tildada de «poeta oficial». Y, en caso de que lo hubiese sido, le sobraban credenciales para serlo, pero es importante aclarar que fueron los gobiernos democráticos de América quienes la homenajearon, además de la última dictadura militar que asoló nuestro país, que se dignó acordarse de la muy anciana «poeta oficial» que vivía en una casa deteriorada y ajena, y se la concedió en carácter de usufructo durante el resto de vida que le quedaba, cuando ella tenía a la sazón más de 85 años y murió dos años después.

## II. Un libro, una lectura, un enigma

Si bien todo lo dicho anteriormente se refiere a la figura de la autora más que al libro, no se debe olvidar que esa serie de historias y leyendas, anécdotas ciertas y fantaseadas, todo un velo rodeándola, que a veces la oculta, otras la protege, pero nunca la devela por entero. Porque la verdad es que *Las lenguas de diamante* es un libro que, por debajo de su aparente sencillez, que invita a una prístina lectura, es

un libro que guarda en su más íntimo núcleo, un enigma. Mientras lo leemos no podemos dejar de sentir la frescura de la dicha, bien joven y lozana. Tiene propensión al canto, al júbilo, a la alegría y a la risa. Pero al mismo tiempo, por debajo del fluir de esa corriente vital, hay otras tremendas vetas de oscuridad, donde el amor explícito por la vida, a través de su adhesión fervorosa por los seres y las cosas, por el Amado, por la Belleza, presenta una dura conciencia acerca de la fugacidad del tiempo, de la deformación de la hermosura; casi parece mostrar la medalla de Jano con su doble faz. Sin embargo, aun cuando cante la felicidad o grite la tragedia, siempre lo hará con la voz afinada y el tono musical más elevado. En todos los versos de su primer libro, así como en los de la vez, la armonía musical jamás desaparece. La poeta no oculta nada, todo lo explicita a través de su verso que sabe adoptar distintas manifestaciones, así como se adapta a nuevas y diferentes estéticas. La poesía de América, después de Darío y del movimiento modernista, se encontraba en la práctica, despojada de rumbo. Y es en ese preciso momento que aparece una voz nueva que no solo pronuncia con otro tono los temas de siempre, sino que incorpora a su repertorio, una galería profusa de vocablos que nombran objetos de nuestros campos y pueblos con claridad desconocida. Nada se enmascara, nada se envuelve en metáforas originales, por el contrario, las cosas se nombran por su nombre.

Y nos preguntamos: ¿cuál es el misterio? Donde radica el enigma de su poesía. Pienso que, en gran parte, esa zona velada es la que percibimos detrás del manto de leve niebla, donde fulgura su esencial rebeldía, que no llegó a verse; por el contrario se pretendió mostrarla como la devota y sumisa mujer a su hombre que deviene su dueño y señor. Basta con leer algunos de sus poemas eróticos más famosos donde vemos que es ella quien orquesta toda la coreografía artística del acto amoroso, a través del imperativo que asume y con el que dirige e impone.

Este libro que apareciera «como un fognazo», según palabras de la autora, tuvo desde el comienzo palabras consagratorias durante su trayectoria. Quien mejor ha definido la esencia de este libro cuando se cumplieron cincuenta años de su publicación fue Ángel Rama. En esa fecha, el 10 de agosto de 1969, el periódico *El País* le dedica un suplemento, en el que Rama se aventuró a expresar vocablos y conceptos que nunca más se reprodujeron.

### III. Un libro, un destino, un acto de justicia

Hace setenta y cinco años, cuando nací, a mi madre le regalaron un libro muy en boga en aquellos tiempos, titulado *El libro del bebé*, creo que hoy existen por suerte esos libros, aun con las diferencias y renovaciones impuestas por el tiempo transcurrido. Si nos detenemos un momento, es inusual y fabuloso que un libro como este cumpla esta cifra redonda, tan significativa. Destaco y confieso que en aquel libro, contemporáneo a mi nacimiento, figuraban *Las canciones de Natacha*, con aquel misterio insondable acerca de la fealdad del hijito, el lobezno recién nacido. Aquellas palabras, su tonada, la joven voz de mi madre al entonarlas me acompañan hasta hoy. Mientras tanto he debido luchar contra viento y marea, recibiendo el honorable apodo de «el novio de Juana», las más de las veces con simpatía, otras, con burla. Todas fueron heroicamente recibidas. Tuve discusiones con profesores, incluso con colegas, porque con orgullo puedo decir que jamás claudiqué y defendí el valor de su poesía como una causa de justicia. Pues si a cien años de escrito, un lector anónimo de otra lengua, de una civilización diferente y lejana, torna a emocionarse y a gozar con la lectura de las aventuras de una joven pueblerina de un lejano país cuyo nombre no sabe pronunciar, sin conocer tampoco la geografía física y humana de esos lugares tan diferentes, o a volar junto a las fantasías fabulosas que una niña podía leer en la mancha de humedad fija en la pared de su dormitorio. Por esa necesidad, las páginas de Juana son traducidas al alemán, al árabe, al chino, con lo que certifica poseer las características y la calidad de un libro sabio y encantador, a cuya lectura se puede siempre retornar. Un libro uruguayo que ya es *un clásico*.